

Epílogo: la crítica entre la nostalgia y la radicalización

Considerados con la distancia del tiempo, mis trabajos anteriores nos enseñan sobre todo por sus errores. Esto es válido también para *El nuevo espíritu del capitalismo*, del cual he recordado ciertos elementos al inicio de mis conferencias. Ahí decía que juzgábamos probable un retorno de la crítica y además que considerábamos, igualmente, la posibilidad de que –a partir de los cambios del capitalismo, sobrevenidos en los 80– surgiese lo que, retomando la conceptualización desarrollada en *De la justificación*, llamamos una ciudad. Se trataba de la aparición de una nueva esfera de justificación del capitalismo, susceptible de introducir dispositivos de justicia en el mundo conexionista que se había establecido en este periodo. A esa ciudad la llamamos ciudad por proyectos. Nos apropiamos de indicadores que señalaban tendencias en esa dirección, aunque no perdimos de vista que el establecimiento de esa ciudad no tendría nada de inexorable, sino que dependería, en gran parte, de la intensidad de las presiones que una crítica en proceso de reconstituirse pudiera hacer caer sobre el capitalismo.

El nuevo espíritu del capitalismo, en este sentido, operaba bajo una perspectiva reformista. La mencionada ciudad por proyectos correspondía, sin duda, a nuestro propio ideal político y social. La capacidad reformista del capitalismo, pensábamos, habría podido manifestarse y constituir un nuevo orden sin pasar por los dramas que –desde los años 30 hasta los 50– habían acompañado el establecimiento del régimen político-económico conocido con el nombre de Estado de Bienestar. Ahora bien, es necesario constatar que nada de esto ocurrió. La ciudad por proyectos permaneció en el limbo y el capitalismo, lejos de reformarse, en el transcurso de los diez años que siguieron y hasta la crisis actual no ha hecho otra cosa que intensificar su violencia y desarrollar sus contradicciones.

Las formas de crítica que tienen una orientación reformista y las formas de crítica que tienen una orientación radical no difieren en profundidad, por los principios que las fundamentan. La una y la otra se arraigan –para decirlo en pocas palabras– en el espíritu de las Luces y en las mismas exigencias de igual-

dad y de libertad, de manera que es posible ver en la crítica radical una especie de caso límite de las filosofías políticas de inspiración liberal dirigidas contra el absolutismo. Pero ellas se distinguen, la una de la otra, por dos concepciones de la realidad y, por lo mismo, por dos modos diferentes de considerar lo posible. La posición reformista se funda en la creencia según la cual los elementos que componen la realidad son lo suficientemente independientes, los unos de los otros, como para que algunos entre ellos puedan ser progresivamente mejorados sin que los contornos de la realidad se vean radicalmente transformados, al menos no de un solo golpe y en bloque. Ella supone, particularmente, una independencia relativa de aquello que se puede llamar la forma Estado, en relación con las formas que puede tomar el capitalismo. Por el contrario, las posiciones surgidas de la crítica radical que cabe llamar revolucionarias, niegan esta posibilidad. Estas ponen el énfasis en la interdependencia entre los elementos que componen la realidad y, en consecuencia, en la cuasi imposibilidad de modificar ciertos elementos de ella –al menos los elementos importantes– sin cambiar el todo de un solo golpe. Se trata de un pensamiento de la totalidad.

Esta diferencia está ligada a oposiciones de orden antropológico. El reformismo cuenta con propiedades integradas a los equipamientos cognitivos y morales de los seres humanos, como el hecho, por ejemplo, de estar dotados de razón o de tener sentimientos altruistas. A la inversa, las posiciones radicales son más bien sistémicas, y esta es, sin duda, la razón por la que tan frecuentemente han buscado respaldo en las ciencias, entendidas en un sentido positivista y, particularmente, en aquellas ciencias históricas y sociales donde se pone el acento en procesos que escapan a las voluntades individuales, tales como las leyes de la historia, estructuras, sistemas, dispositivos, etc.

Ahora bien, los últimos decenios del siglo XX estuvieron marcados por una especie de inversión de las posiciones. A partir de la mitad de los años 70, fueron las fuerzas sociales dedicadas a defender el capitalismo –a hacerlo salir de la crisis a la cual se había visto enfrentado en el curso de los 60 y principios de los 70– las que adoptan una posición científicista y sistémica. La referencia a la necesidad cambió de bando. Nadie o casi nadie en el campo de la crítica sigue invocando restricciones implacables referidas a los “modos de producción” o al “materialismo histórico”. Por el contrario, es respaldándose en concepciones no menos implacables de la “Ciencia” –de la ciencia con C mayúscula– que gobiernan los líderes de países democrático–capitalistas.

Es necesario insistir, una vez más, en el hecho de que no se trata de un discurso o de una ideología. Se trata de una transformación que afecta a la propia

realidad. Los cambios del capitalismo en el transcurso del período considerado han tenido como efecto, en gran medida, el establecimiento de una realidad cuyos elementos se encuentran realmente ubicados dentro de una interdependencia cada vez más estrecha. La crisis que conoció el capitalismo en los años 60-70 había estado marcada, particularmente, por una erosión de las ganancias y por un estancamiento de la productividad. Estos fenómenos fueron imputados, en esa época, al menos por un lado, a un exceso de las políticas reformistas puestas en práctica en el curso del período precedente. Por su parte, los nuevos marcos del capitalismo –que fueron construidos progresivamente entre los años 1970 y 2000 y que se caracterizaron por liberar al capitalismo de los controles de origen estatal y por acrecentar la interdependencia entre los elementos que componen la realidad– tuvieron por efecto hacer del reformismo una cuestión muy difícil de implementar, cuando no derechamente impracticable. Con ello, no le quedó a la crítica más alternativa que la autodisolución nostálgica, la huida a la utopía asumida como tal, o la radicalización.